

Lámpara de Fidela

[Puesta en circulación de la *Obra poética inédita de Fidela Matheu y Adrián*, por Haydée de Jesús Colón y Ernesto Álvarez Valle.]

Juan Manuel Rivera

Los humildes o esplendorosos monumentos de papel que han de grabar un nombre, haciéndolo resonar por tiempo duradero, pueden comenzar a llegar (en rarísimas ocasiones) en plena pubertad, o pueden venir a insinuarse bien avanzada la primavera o hasta el otoño de la vida de un(a) autor(a).

De la cepa precoz de creadores que la humanidad ha conocido, el modelo por excelencia tiene que ser Arthur Rimbaud. Rimbaud fue un relámpago. Una estrella fugaz que dejó sin embargo un efecto lumínico permanente. Uno abre los ojos al máximo para atrapar su destello y fracasa una y otra vez. Ya Rimbaud no está en ninguna parte pero su gesto de “infante terrible” sigue viviendo en el deslumbramiento de las generaciones que vendrán. Demonio prodigio, al cumplir los 10 años ya es escritor, y a los 19, cuando muchos no han siquiera comenzado a sacarle punta al lápiz, él se da el lujo de enganchar la pluma y largarse a otra aventura. Eso es lo que se llama ‘prisa’. Prisa por desaparecer de un planeta de engaños, y prisa por entrar en otra dimensión. A tierna edad, su instinto violento –arrogante y perturbador– le hizo saber que ya había escrito lo que vino a escribir. Lo demás sería, quizás, regodeo o relleno de lo ya sugerido. Con toda precisión, ese alargar más allá de las fronteras del deseo una carrera personal que la voz recóndita daba por concluida era rendirle honor a la carroña que él tanto aborrecía. Así que, una vez cerrado su ciclo crucial que va de 1871 a 1873, Rimbaud voló la cerca. De aquí en adelante será un nómada. Recorrerá Europa a pie, deambulará por el norte de África, se establecerá por buen tiempo en Abisinia. Se irá a la otredad tercermundista a hacer maldades, a traficar carne humana, armas, café, marfil, oro, centellas, intrigas imperiales, íntimas decepciones. En un recodo breve del camino la prosperidad hubo de tocar a la puerta de Rimbaud el luminoso, ahora convertido en mercader o, sin pelos en la lengua, en contrabandista. Un ascenso material considerable para un joven que había quedado huérfano a los seis años cuando su padre, un capitán del ejército francés, desertó del hogar sin dejar huellas. También Rimbaud habría de escapar de la casa en plena adolescencia. Sería por un tiempo un lumpen sin techo, un trotamundos, antes de hacerse comerciante sedentario. A los treinta y siete años ya ha vivido de sobra, entregando a la tierra o al infierno, su pierna y su espíritu agusanados por la sífilis. Prematura poesía y prematura muerte, pero longeva fama.

El caso del lusitano José Saramago es distinto al de Rimbaud. Es el del escritor de lento madurar que va descubriendo el genio en la botella del bolígrafo a medida que éste se desplaza de forma trabajada y pulida, de un papelito al otro. Desde temprana edad, Saramago supo que era escritor, pero humilde hasta el fondo, tiene la dicha de comprobar que es escritor de valía –de verdad– cuando su propio talento ya desplegado en páginas de sol, se lo revela en una obra de factura acabada.

Dos paradigmas literarios contrastantes: la mariposa de oro y la tortuga de carapacho de bronce; el genio prematuro con longevidad de relámpago y el genio que va fraguándose a cuentagotas, creciendo hacia la entraña, según las exigencias y azares del duro devenir.

El medioambiente en el que un escritor se cría influye de manera catastrófica o providencial sobre éste. Al sustento de esta tesis arrimaré esta noche mi sardina. Sostendré que el ambiente nunca es neutro. Es un actor decisivo en el drama de cualquier ser humano. Esa enorme placenta

que es el medioambiente puede ser una desgracia o una bendición. En el caso de Rimbaud, el escenario cultural que le sirve de matriz (rebelde, cosmopolita, efervescente) compuesto, sobre todo, por genios de la pintura y la poesía, le fue muy favorable al madurar de su voz íntima. En el caso de Saramago, como en el de Rubén Darío en Nicaragua, el medio socio-cultural no hubo de prestarse demasiado a sus anhelos de brillar por las letras. Sin embargo, ambos artistas supieron sobreponerse a las duras circunstancias.

Un planeta eclipsado después de sus antiguas hazañas de descubrimientos y conquistas, el Portugal del primer tercio del siglo XX en el que le tocó nacer y crecer a Saramago no era la Francia ilustrada, imperial y bohemia de la segunda mitad del XIX. París era entonces la capital mundial de la cultura occidental capitalista. Y aunque Rimbaud no era parisino, en torno a esa cabeza de la civilización habría de girar su escritura. Un centro de poder mundial, desde París no era imposible proyectarse siendo un artista de violenta originalidad irreprimible como él. Saramago no disfrutaba de ese espacio vibrante. La provincia portuguesa, y ni siquiera Lisboa, eran nada comparados con la Ciudad Luz decimonónica. Súmesele a esto el peso de las limitaciones socio-familiares que alimentan el alma pero que tendrían que jugar un papel en las aspiraciones del niño José. Criado entre abuelos semi analfabetos, gente de pan, amorosos campesinos que dormían acurrucados al lado de cerditos o cabras, desde la más tierna edad Saramago tendría que remar duro, desde abajo de la rueda de la fortuna, desde los márgenes del poder internacional, y desde la clandestina lámpara de la oposición política doméstica para triunfar. Militante de izquierdas desde la adolescencia, Saramago fue por muchos años un hombre marcado por su ideario socialista, un creador estigmatizado por la elite que decidía premios y castigos en su tierra natal. Era lo que llamaríamos acá un disidente “carpeteado”, una voz muy incómoda. Pero la voluntad de su talento finalmente sabría imponerse a la dictadura de las mezquinas circunstancias que intentaban reducirlo a la frustración y la derrota. Con contundentes artefactos de papel, como *El evangelio según Jesucristo* o *Ensayo sobre la ceguera*, dos novelas como dos universos, Saramago iría escalando la gloria en buena lid, sin venderse a los poderes temporales que lo ninguneaban ni negociar su alma entregándose a la ramera publicidad que banaliza en lugar de servir de voz de la cultura. Su hora había llegado por fin. Imposible era ya negarle la cima de Estocolmo, la gloria del Nobel.

Más cerca de Rimbaud que de Saramago en cuanto a la velocidad con que mostró su genio, Fidela Matheu y Adrián, escribe las páginas que la sobrevivirán entre los años 1873 y 1876. Esto es, cuando era aún una poeta núbil. Antes y después de aquellas fechas hay poemas y fragmentos de poemas que ameritan atención, pero no períodos sostenidos de inspiración en los que su pluma se muestre con tanto vigor ni con la misma suerte que en aquellas jornadas juveniles. Qué razones tuvo Fidela para este desborde emocional/estético enmarcado en estas fechas emblemáticas será motivo de discusión esta misma noche, cuando los autores Haydée de Jesús Colón y Ernesto Álvarez Valle, así como la presentadora oficial del libro, la Dra. Priscilla Rosario Medina, nos ofrezcan la radiografía literaria de aquella hermosura de dolorosa estrella, cuya alma a los 18 años ya no cabía en las fronteras de su piel y tenía que darse al mundo en pulsaciones autobiográficas de hondo temblor.

En la foto de portada de su *Obra poética inédita* (2010) que ya mis amigos presentes habrán apreciado en sus detalles, Fidela está en su luna llena. En el pícaro resplandor de sus dos piedras de ardoroso azabache, en el carnosos labio mínimo, en esa naricita un tanto respingada, en la esponja o caracol de esa oreja no clausurada a la insinuación del verso o la caricia, no clausurada al jadeo que se derrama para encontrar el nácar de ese cuello... En la ceja abreviada, en el ‘busca-novios’ que cae sobre la frente como un garfio temible, en la melena abierta en dos

por esa raya que en lengua portuguesa se conoce como “la vía del piojo”, en esa mediatibunda mano que arrima a la mejilla que yo, por fiebre o locura tropical, presumo ardiente, ¿quién sería incapaz de ver la pasión palpitante de Fidela? ¿Engañan las apariencias? Contemplándola así, ¿quién puede adivinar, por otro lado, su faz de sombra, su otra cara oculta, la persistencia de su derrota invicta?

Una mujer de carne y emociones, Fidela ha de chocar con el entorno porque Fidela lleva a flor de piel su propio ‘cantar de los cantares’. Más que una viuda triste, a los 22 años Fidela se nos aparece como una divorciada apetitosa, una fruta en su almíbar a punto de malograrse en una atmósfera aldeana, beata y conventual, encadenada a convencionalismos y ñoñeces que no cuadran con sus aspiraciones. ¿Cómo romper el cerco? ¿No sería mejor ser una oficiante de un banquete pagano de exquisitos licores y bocados? En la orgia religiosa de sus neuronas veinteañeras, Fidela se sueña música, danza y poesía: madurada manzana de pasión.

Hija de españoles, Fidela es ya otra cosa. No engaña ni se puede engañar. Es una criolla típica recién salida del cascarón genético. A la altura de hoy yo la veo a punto de conquistar la fiesta gestual de cualquier novia de Barrio Obrero o de Caimito, de Palmas Altas, Piletas, Collores, el Sur del Bronx o el Residencial Lloréns.

¿Hay alguna diferencia cardinal entre Rimbaud y Fidela, ambos modelos de precocidad? La hay, abusiva, de aquí a Etiopía. Traigo la comparación entre estos monstruos prematuros no para humillar a la poeta nuestra, sino para dramatizar lo que vengo sosteniendo: la importancia suprema del ambiente o matriz cultural que, en cualquier época y lugar, ayuda a fecundar o a esterilizar una vocación. En 1873, cuando Fidela tenía 21 años y empezaba a mostrar sus grandes dotes ya antes insinuadas, Rimbaud el vidente, de 19, abandonaba para siempre la poesía. Con su énfasis puesto en la mezcla intercambiable de los sentidos, dándole al sueño un rol decisivo en la factura del arte y hurgando ya en el inconsciente, Rimbaud vaticinaba los resortes estéticos del surrealismo, la gran revolución vanguardista que se apoderará del mundo 50 años después, y que nos toca aún el tuétano a los poetas de hoy.

Mientras el espíritu madrugador del poeta luciferino (Lucifer = el portador de luz) da visos de haberse bebido a sorbos desesperados la rica tradición poética francesa y con gesto soberbio da indicios de querer trascender y transformar aquella tradición, siendo apenas un imberbe, pillada en una aldeíta cultural más estrecha que la que tuvo que paladear Saramago, nuestra poeta ‘hace de tripas corazón’, pulsando junto a un puñado de juveniles Quijotes por poner a parir la mula del desierto que los rodea y amenaza con malograrlos. Aparte del talento natural, algo imposible de medir, esa es la diferencia capital entre aquellas dos promesas: haber nacido y crecido el uno en, y a distancia de olvido la otra, de los escenarios privilegiados en los que prende en una época dada la fiesta cultural de mayor calado.

Herida de mortal cuidado por el venenoso y gozoso dardo del amor, Fidela se refugia en el único modelo de poesía al que las tribales limitaciones ambientales le permiten conocer (la escuela romántica con asomos neoclásicos) cuando las voces mayores de la lírica francesa saltaban del posromanticismo para andar ya por los rumbos formales más desafiantes del simbolismo y el decadentismo estridentes. Es decir, la modernidad triunfante.

Profundamente autodidacta, Fidela absorberá cuanto llegue a su oído para producir un verso intencionalmente autobiográfico, cargado de sutilezas pero con escaso afán renovador. Ángel caído, su bálsamo milagroso o tabla de salvación será siempre el recuerdo de su madre y de su hija (María Belén) muertas y –dato psicológico curioso al que habrá que seguirle el rastro en otra ocasión– sin mencionar ni una sola vez al padre. No teniendo demasiadas opciones materiales y con nulas propuestas estéticas que la reeducaran, la poesía de Fidela toma con harta frecuencia la vía de lo anecdótico, siendo tragada en parte su inspiración por el ‘hoyo negro’ de sus inmensas pérdidas emocionales. Protagonica, una de estas pérdidas es la de un fantasma demasiado insistente: el hombre de su vida, aquel traidor a su corazón con el cual habría de

sostener un tenso diálogo imaginario, permanente. Con aquel ser de luz o Lucifer inconstante, iniciaría Fidela una torturante y laberíntica relación amorosa nunca culminada en rosado cuento maravilloso. En esta antigua modalidad narrativa, las parejas que se aman terminan juntando a tiempo sus tibios esqueletos e invariablemente son (colorín/colorado) felices para siempre. En la negra tradición romántica, los amores de Fidela y el Gran Anónimo, desenmascarado por el olfato de sabueso de Don Ernesto Álvarez, el suyo es una pasión intensa, conflictiva, devoradora, pero siempre imposible.

Ya sabemos que la precocidad, comprobada, de Fidela no puede competir con la del privilegiado prodigio de Rimbaud en cuanto a laureles que, en el caso de éste, tendrían que ser póstumos. También sabemos que el confinamiento cultural al que el colonialismo español destinó a Puerto Rico hizo imposible que el genio de Fidela fructificara al máximo, madurara y evolucionara, se manifestara grado a grado de forma cumulativa y natural como sucediera con José Saramago en otras tierras. Ni soñar con las glorias posteriores del “poeta maldito”, autor de *Una temporada en el infierno* y de *Las Iluminaciones*, ni en reconocimientos como el Nobel que coronaron la carrera del narrador portugués.

Imposible no ser sino lo que se era: hechura parcial de mezquinas circunstancias. Fidela era parte de una generación sin padres tutelares que ayudaran a encaminarla. Sí. Una generación que no contaba con grandes precursores nacionales de las letras. Una generación que tuvo que levantarse casi sola. Los verdaderos “maestros” de Fidela fueron sus propios compañeros de juego, que eran parte de la primera gran camada de boricuas ilustres que vendría a producir la Isla en el momento en que ésta iba dando muestras de madurez como nación, pasada la crisis de adolescencia. Esa crisis sería marcada para la Historia con un acontecimiento fundacional: el Grito de Lares, hecho que dejó saber al mundo la existencia de una nación con mayoría de edad. Los padres de la patria que precedieron este alumbramiento (Ramón Emeterio Betances y Eugenio María de Hostos), proscrito el primero y fichado y perseguido el segundo por el régimen español, no vivían en la Isla. Con las suelas desgastadas y la levita raída irían nuestros patriotas arrastrando la fatiga de sus huesos por los helados bulevares del exilio en París o New York, sin poder aportar todo lo que anhelaban a la formación de las hornadas de creadores que se levantaban e irían a escribir la nación de mañana. No era fácil. Nunca ha sido fácil para ninguna nación alcanzar la madurez de manera armónica y pacífica. Nunca ha sido fácil para ningún pueblo ponerse de pie para trazar por cuenta propia su destino. Entonces, esta formidable generación de Adanes que acompaña a Fidela en su momento (Manuel Zeno Gandía, Lola Rodríguez de Tió, José Gautier Benítez, Alejandro Tapia y Rivera, Cayetano Coll y Toste) estaría forzada a abrir brecha a mano pelada y por cuenta propia, sin el auxilio de rotundos abuelos ni de faros universales que la encaminaran.

Si no era fácil descollar en aquellas circunstancias, mucho menos lo era ser vanguardia poética. ¿Con qué milagros? A mediados de siglo XIX Puerto Rico no era sino un presidio militar con un capitán general como alcaide. La mujer en la época no tenía acceso a centros educativos y la censura oficial ponía fuera del alcance de los buenos lectores los aires literarios renovadores que podrían llegar de más allá de los Pirineos. Marginada entonces por ser mujer y pobre, marginada también por ser habitante de una colonia doblegada que carecía de una vibrante cultura que le sirviera de palanca y de plataforma de lanzamiento, Fidela tenía que terminar por ser borrada de la Historia después de un período de cierto reconocimiento merecidísimo, pero insular, aldeano y, en ocasiones, mezquino.

Hoy, en pleno siglo XXI, Haydée y Ernesto Álvarez hacen titánicos esfuerzos, no siempre reconocidos por los dueños de nuestro agujereado tinglado cultural, anti-puertorriqueño en tantas instancias, para rescatar del olvido a la más prolífica de nuestras poetisas del XIX, a quien la tacañería intelectual en complicidad con la ignorancia ha confinado hasta hoy al silencio.

Sepan que esta labor de rescate no ha sido nada fácil. La voz de los que anuncian el hallazgo logra hacerse oír a veces pero esto es catastrófico. Por fortuna, después del desmantelamiento de Ramey Field en Aguadilla, Roosevelt Road en Ceiba y la Armada USA en Vieques, ya no vivimos como en el XIX, atrapados en un castillo o base militar. Sin embargo, nuestra situación no es muchísimo mejor que la de ayer. Ahora vivimos escondidos detrás de otras rejas en una sociedad desgarrada y desgobernada por el crimen, una sociedad culturalmente saqueada en su íntima raíz. ¡Imaginen! Todavía la inmensa mayoría de los poetas maduros del País ignora el nombre y la pasión hacedora de Fidela Matheu, y ni qué decir de la talentosa juventud sin pasado que abre los ojos a la creación en medio de esta feria de asesinatos, banalidades, chismografía y difamación en que se ha transformado nuestro entorno. De la recesión económica hemos pasado para caer en la depresión material y espiritual, y ya vamos tocando fondo. Hoy Puerto Rico no cuenta con un verdadero Departamento de Educación, y los partidos políticos con opciones de triunfo, y la legislatura, y las alcaldías, y todo aquel que maneja algún timón de poder en el País financia(n) de manera indirecta sus milagros con fajos de billetes ensangrentados, procedentes del reino de la noche. No, Puerto Rico no es un narco-estado. No, Puerto Rico no es una narco-república. Puerto Rico es ya hace veinte años una narco-colonia.

Justicia pedimos para Fidela Matheu, para la cultura, para el País, y solidaridad para con proyectos de rescate como los emprendidos por Ernesto y Haydée. Sus estudios e investigaciones son una abeja de oro en la espesa tiniebla. Como obreras de la colmena de la cultura, contra viento y marea estos dos industriosos agujones han llevado adelante su misión, en medio de nobles sacrificios, sin contar con la ayuda de ningún peje gordo, pagando la edición de sus libros de su propio peculio, teniendo que posponer vacaciones merecidas y planes de mejoras al hogar. Esta labor de arqueología literaria que han emprendido Haydée y Ernesto, oficio del que están enamorados, merece ser apoyada y premiada al menos con el estímulo. Si algo, un granito, podemos aportar a su esfuerzo hoy y aquí es apreciar su gesto. Pensemos en el mañana. Para que los escritores del futuro (nuestras mejores promesas poéticas, ensayísticas o narrativas) no caigan en el abismo del olvido en que cayó Fidela y en el que han caído tantos otros, lo mejor que podemos hacer hoy es pelear con garras de guaraguao o tigre por la creación de un clima cultural exigente y vibrante que arroje a nuestras tres islas, desde Aguadilla a Vieques y Culebra, y de Ciales a la Luna.

Un clima efervescente hay que fundar para que la precocidad de una poeta de trece años, como la que exhibió Fidela un día, no muera ahogada en frustración o atollada en el rezago, sino que tenga su espacio holgado en el cual mostrarse a sus anchas, sin ser menoscabada por prejuicios u obstáculos de ninguna especie. Justicia para la cultura hay que exigir, y justicia para la cultura hay que ofrecer para que ningún artista de la palabra sea proscrito o silenciado ahora o nunca por ser mujer, pobre, negro, mulato, aindiado, achinado, ‘jincho papujo’, rubio platino, lesbiana, guei, o subversivo. Subversivo... Esto es, enemigo jurado del podrido infierno colonial que nos degrada. ¡Gracias!

Club Rotario / Arecibo, Puerto Rico / A 2 de noviembre de 2011 (Día de Difuntos)